RAMÓN ZORRILLA

Estructura política y social mexicana

Introducción

Las dificultades del tema son evidentes para todos. Sólo he tratado de reunir con alguna coherencia ciertas ideas en torno a ese difícil preguntarse sobre la estructura social y política mexicana. El objeto es discutir esas ideas y en todo caso no intento otra cosa que un modo particular de pensar esta realidad.

Lo que podría ser la parte segunda de la cuestión ha sido para mí más sencilla que la primera. Desde los 17 años como repórterero en el equipo de Carlos Septién García recopilaba información política y escribía ya al respecto. Mucho más tarde (1964-1972) fui colaborador editorial de periódico *Excélsior* y ocasionalmente editorialista.

En lo social la reflexión es antigua pero la validez de lo que podrían ser premisas y conclusiones es y debe ser materia de discusión.

En este orden social pensamos que el país ha tenido dos grandes condicionantes a veces abrumadoras y aparentemente insalvables: una geográfica y otra étnica.

El proceso de colonización a lo largo del virreinato tuvo diferentes etapas. Durante los siglos XVII y XVIII las poblaciones se extendían a muchas leguas de distancia y podían cabalgarse días y días sin encontrar ni una ciudad. Característico de la explotación minera era dejar, particularmente en el norte del país, ciudades autosuficientes pero aisladas (Zacatecas sería un ejemplo).

Algunos datos sobre la composición étnica

Por la época, la población, que no llega a seis millones, se divide en;

<i>Indígenas</i>	3 500 000
<i>Castas</i>	1 500 000
<i>Criollos</i>	1 000 000
<i>Peninsulares</i>	100 000

Las castas eran el producto de una mezcla entre español, indígena y negro. En tiempo de la visita de Humboldt serán 16 tipos concretos.

En los años treinta, en una población calculada en 18 millones de habitantes, se hablaba de una tercera parte de población indígena.

México se hizo mestizo.

Algunas notas sobre la estructura social y la estructura política de México

No es de ninguna manera fácil tratar el tema de la estructura social mexicana. Creo que en medio de un gran desierto de criterios válidos y de opiniones fundadas ese grupo de información presentado en *México Social 1983* es un extraordinario documento.

En la introducción se nos habla de setenta millones de mexicanos que se encuentran en movimiento: "El gran ejército, con sus numerosos millones de campesinos, economistas, comerciantes, electricistas, doctores, maestros, obreros, abogados, políticos, está avanzando por todos los lados..." Se trata de una sociedad en transición —se nos dice— hacia el mundo moderno.

Pero ¿cuál es ese mundo moderno? Rastrear el vocablo moderno nos puede llevar hasta la baja Edad Media y las discusiones filosófico teológicas del siglo XIV. Los pensadores del dieciocho hablaban también de "filosofía moderna". Muchas cosas modernas de entonces se han hecho ahora ya muy antiguas.

Parámetros e interpretaciones del mundo social europeo occidental que se han sucedido en México, desde el positivismo comtiano hasta el método marxista o el de los nuevos weberianos, no han alcanzado para explicar una curiosa, muy mezclada y contrastante realidad social que desde la conquista ha estado en perpetua transición.

La modernización —como término— ha permanecido como un lugar común en los diversos y frecuentemente contradictorios proyectos nacionales que se han sucedido entre nosotros. Lo significado por el término ciertamente ha variado mucho, lo que antes era mo-

dermo se volvió antiguo. Un elemento de permanencia puede haber sido el sentirse de alguna manera a la zaga de países, fundamentalmente frente a los más desarrollados en Europa y en concreto frente a los EEUU, en adelantos materiales.

Categorías como lucha de clases, formas de producción asiática, feudal y burguesa o las expresiones burgués y proletario no han podido traducirse de inmediato a la realidad mexicana. En un sitio de taxis, en un mercado, en un sindicato obrero se reinicia cada día —entre inicialmente iguales— una división entre ricos y pobres, que se convertirá o podrá convertirse a la larga, en la oposición de explotadores y explotados.

Lo geográfico y lo étnico como primeros condicionantes

Para mi generación, una de las primeras aproximaciones a lo que podría llamarse estructura primigenia mexicana la dio el texto de un poeta muerto más de veinte años antes que llegáramos a la Universidad. Por esos años cuarenta difícilmente se superaba la vieja contienda histórica prerrevolucionaria entre indigenistas e hispanistas, entre liberales y conservadores, entre adoradores de Cuauhtémoc e incondicionales de Cortés, entre enaltecedores de Benito Juárez y sus detractores. De la Revolución misma —tan cercana entonces— sobrevivían muchos de sus actores. Fallecidos de muerte violenta los grandes caudillos Villa, Carranza, Obregón, etc., sus epígonos ocupaban cargos públicos y disputaban mutuamente sobre las excelencias o los crímenes de los ilustres desaparecidos. Los llamados caudillos intelectuales de la Revolución andaban en su cincuentena. Los más destacados, Lombardo Toledano a la izquierda y Gómez Morín a la derecha, rara vez entraban —o más bien no lo hacían— en polémica. Vivían aún sus maestros, pero de Antonio Caso o de José Vasconcelos tampoco puede desprenderse una visión desapasionada y clara de la vida y la estructura social del país.

Contemporáneo de aquéllos y muy tempranamente fallecido, —a los 33 años el año de 1921— Ramón López Velarde, abogado y poeta expresaba en poemas ese tiempo olvidado, *insights* y puntos de vista que tocaban muy hondo, antes que cualquier análisis, algunas fibras de los universitarios de entonces:

Vgr.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el Diablo.

O

... tu casa es todavía
tan grande que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía...

Contraste de riqueza de suelo y posibilidades y realidad cotidiana
de la mayoría, que se repetirá en la segunda parte del poema:

Como la sota moza, Patria mía
en piso de metal vive al día,
de milagro, como la lotería.

Entre la primera y la segunda parte del canto López Velarde — más allá de hispanistas e indigenistas — encuentra a Cuauhtémoc en la estética como a un joven abuelo y al único héroe a la altura del blanco, a cuyo nopal se inclina el rosal, que imanta el idioma del blanco. Para los jóvenes de entonces — para la inmensa mayoría de ellos — lo poético era como una primera pista, una primera intuición para pensar al conjunto mexicano. En el tiempo más difícil del país (1920) el poeta da un consejo contundentemente conservador y tradicionalista:

... te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario...

En una pequeña prosa ("Novedad de la Patria") contemporánea del poema, López Velarde hablará de una vuelta a la nacionalidad "por amor y pobreza". Habla de una patria innominada e indefinible

todavía, castellana y morisca, rayada de azteca, que raspada "la pintura de olla" ofrece "el café con leche de su piel".

Descubre también imprevisibles las características del carácter mexicano: "¿Cómo interpretar a sangre fría nuestra urbanidad genuina sirviendo de fondo a la violencia...?" Todavía viajando en Landós las damas camarlangas de la Virgen y las familias que se alumbran con nativa palmatoria oyen hablar de Lenin. En los componentes de ese carácter se mezclan gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud, virtudes y vicios que templan inermes ante la amenaza extranjera, como en el paso del perro del mal.

Los perfiles de Samuel Ramos

Por los años cuarenta Samuel Ramos — discípulo de Antonio Caso — escribirá su *Perfil del hombre y la cultura en México*, que iniciará de nuevo la reflexión sobre México y el mexicano. Dibujará un croquis urbano fundamental en México: la plaza principal o única de cada poblado mexicano, de Sonora a Yucatán y de Tamaulipas a Chiapas, frente a la que se levantan en cada costado, casa de gobierno, iglesia, portal de mercaderes y lugar de esparcimiento (café, cantina principal o casino, y más tarde teatro o cine).

Algunas de las tesis de Ramos fueron usada por escritores posteriores (sin citar la fuente original) como Octavio Paz y otros. Con algunas variantes esa plaza se repite desde el zócalo de la ciudad de México hasta las plazas de armas de las ciudades de provincia y se multiplica en innumerables, pequeñas, remotas y perdidas poblaciones a lo largo del territorio nacional.

Esa coincidencia *in situ* de poder temporal, religión, comercio y entretenimiento polarizarán los intereses coincidentes a veces y a veces divergentes de cada comunidad.

El esquema de Molina Enríquez

El año de 1909 Andrés Molina Enríquez — antiguo juez en diversas poblaciones del estado de México y por ese entonces subdirector de la Biblioteca Nacional — publica *Los grandes problemas nacionales*. En el capítulo V ("El secreto de la paz porfiriana") se señala una es-

estructura social característica y su acción política en la ordenación hecha por Díaz.

La población es dividida en tres grandes grupos. Indígenas (por ese tiempo bastante más de la tercera parte de la población total), mestizos y criollos. Pese a su gran número el grupo indígena vive marginado de la vida política y social.

Quienes participan en la vida política son los mestizos y los criollos.

Divide a los mestizos en cuatro subgrupos: rancheros; empleados; profesionales; revolucionarios.

De esos cuatro grupos los que detentan el poder real son los "revolucionarios". El término se refiere a aquellos que llevaron — Plan de la Noria — a Porfirio Díaz al poder. Entre ellos el Presidente designa ministros, gobernadores, jefes civiles y militares, etc. Entre los "rancheros" se reclutan jefes y oficiales del ejército de los rurales. "Empleados" y "profesionistas" son los cuadros de funcionarios y jefes que requiera el gobierno.

Los criollos los divide en criollos antiguos y criollos nuevos o liberales.

Los antiguos criollos son divididos a su vez en criollos señores (conservadores y moderados, jerarquías en buenos términos con Díaz, a instancias de mantenerse la separación entre Iglesia y Estado) y criollos clericales, "reaccionarios" (*El País*, de Trinidad Sánchez Santos, sería su periódico).

Los criollos conservadores — hacendados, ricos de mucho tiempo, etc. — y Díaz mantenían relaciones de distancia y respeto mutuo. De los criollos moderados sacaba el porfiriato los cuadros para el servicio diplomático y las obedientes cámaras de diputados y senadores. Su periódico era *El Tiempo*.

Criollos nuevos o liberales eran aquellos que habían tomado de alguna manera el partido liberal durante las luchas con los conservadores. Díaz les entregaba puestos más técnicos que políticos, la economía y las finanzas por ejemplo, a ellos pertenecían Limantour y los científicos. Su periódico era *El Imperial*.

Asimilables y afines a este grupo de criollos señala Molina a los "extranjeros" españoles, franceses, alemanes, a los que se incorporaba un nuevo grupo especialmente agresivo, poseedor de dos diarios, los norteamericanos.

Esta clasificación de Molina Enríquez podría presentar muchos

defectos metodológicos. Sería discutible el criterio puramente etnográfico con el que la construye. Es notable sin embargo en el señalamiento de estructuras sociopolíticas basadas en ese criterio. Si en términos muy generales sustituyésemos el término criollo por el de clase económicamente fuerte, mestizo por clase media e indígena por la gran mayoría que vive del salario mínimo hacia abajo, podría aplicarse a una estructura política real que se ha dado en el país desde la fundación del Partido Revolucionario Institucional. De hecho ningún Presidente de la República desde 1929 ha sido rico de nacimiento y han pertenecido todos a esa gran clase media, que vendría a sustituir a la antigua etnográfica denominación de mestizo.

Salvo una sola posible excepción (Adolfo Ruiz Cortines), los ex presidentes y sus ex colaboradores han pasado a pertenecer a la clase económicamente poderosa.

El sistema político mexicano

Por los años sesenta un profesor de Historia de la Filosofía de la Historia explicó claramente de qué manera el sistema de gobierno mexicano era fundamentalmente monárquico en el sentido aristotélico, y etimológico también, de "gobierno de uno". Esta monarquía es sexenal desde 1954, no hereditaria, y el poder para designar al sucesor es variable.

Se dice que en 1939 los grupos más cercanos a Cárdenas preferían al general Francisco Múgica frente al general Manuel Avila Camacho. Avila Camacho decide la sucesión civil y duda algún tiempo entre los abogados Padilla y Alemán. Alemán no muy de su voluntad ha de designar a Adolfo Ruiz Cortines como su sucesor. Se dijo que él prefería a Fernando Casas Alemán como sucesor y que ARC le fue impuesto por el veto de los ex presidentes Cárdenas y Avila Camacho.

La sucesión de ARC fue una obra de virtuosismo político. Muy pocos pensaron que López Mateos, Secretario de Trabajo llegaría a ser Presidente. La decisión sucesoria de López Mateos fue lógica a pesar de haber escindido seriamente al propio grupo lopezmateísta.

Díaz Ordaz, presionado por los acontecimientos de 1968, osciló mucho entre Martínez Manatou y Echeverría.

En 1975 el "destape" de López Portillo era ignorado por el propio

presidente del Partido Revolucionario Institucional. El desconcierto de la clase política fue considerable. Era la segunda vez que un candidato oficial a la Presidencia carecía de antecedentes políticos personales en el campo electoral.

El desconcierto aumentó en 1981 al designarse candidato al licenciado Miguel De la Madrid. Un viejo y avezado observador político escribió entonces: "Que Dios nos coja confesados, éstos olvidaron el libreto." La ausencia de antecedentes políticos personales era mucho más necesaria que en los casos anteriores. El PRI —con el propio presidente del partido a la cabeza— había sido incapaz de presionar respecto de esa decisión personalísima del Presidente.

En la estructura política nacional el partido oficial ha ganado desde su fundación la totalidad de las elecciones para Presidente de la República, Gobernadores de los Estados y Senadores. En las elecciones presidenciales los momentos más difíciles los ha pasado entre los años de 1940 y 1952 con candidatos de la oposición salidos del propio partido oficial o del sistema, Almazán (1940), Padilla (1946) y Henríquez Guzmán (1952). El PRI está organizado por sectores. Eran cuatro en 1929: militar, obrero, campesino y popular. Posteriormente desapareció —al menos visiblemente— el sector militar, aunque participa con los otros sectores en el reparto de candidaturas y cargos. Podría decirse que en los últimos sexenios se le ha agregado un nuevo sector: el IEPES, formado por técnicos y profesionistas de planeación que participan ciertamente en el reparto de cargos electores —diputados y senadores por ejemplo—.

Hasta ahora la maquinaria electoral del PRI ha sido eficaz. El impacto de los partidos de oposición —tanto de izquierda como de derecha— ha sido más que nada en el sector de clase media (lo que sería el área del llamado sector popular, organizado en torno a la CNOP y a los sindicatos de burócratas). Desde el inicio de la reforma política en el sexenio anterior, se ha incrementado notablemente la participación en el nivel de diputados federales, diputados locales y municipales. Se habla ahora de una participación mayor en el senado.

La pregunta radical es si el PRI convertido desde hace varios años en una especie de ministerio de elecciones podrá seguir siendo eficaz y enfrentar las nuevas condiciones que en muchas formas son muy distintas de las de 1929.

La población en ese tiempo podría calcularse en no mucho más de

quince o dieciséis millones. Las comunicaciones eran escasas o nulas. Apenas comenzaba la radiodifusión comercial y el cine era mudo. Viajar de un extremo a otro del territorio costaba días y hasta semanas.

Carreteras y aerovías, han reducido a horas muchos de aquellos viajes. La geografía ha dejado de ser aquel obstáculo. La televisión ha roto aislamientos de siglos. El teléfono ha sustituido en muchos casos la comunicación escrita y postal. La población del país se ha quintuplicado.

¿Se reformará la estructura del partido oficial con su antigua estructura sectorial — con esa verticalidad propia de los partidos fascistas de los veinte? ¿Se fortalecerá otro partido para dar — más allá de lo ideológico— un sistema bipartidista de tipo norteamericano? ¿O al debilitarse el partido mayoritario se abrirá la puerta a todo un conjunto — puede ser docenas— de pequeños partidos políticos, ninguno mayoritario, que agudicen las contradicciones ideológicas de una futura izquierda y una futura derecha, permitiendo una mayor injerencia de las políticas de las grandes potencias? En este momento es difícil predecir.